

Toni Quero

Párpados



Galaxia Gutenberg

TONI QUERO

Párpados

III Premio Dos Passos a la Primera Novela

Galaxia Gutenberg



*ÁMBITO **cultural**

Un jurado compuesto por Pilar Adón, Marcos Giralt Torrente, Manuel Longares, Fernando Marías, Inés Martín Rodrigo, Clara Sánchez y Santos Sanz Villanueva concedió a esta obra el III Premio Dos Passos a la Primera Novela, que convocan Ámbito Cultural de El Corte Inglés, la agencia literaria Dos Passos y Galaxia Gutenberg.

También disponible en ebook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril 2017

© Toni Quero, 2017
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Rodesa
Depósito legal: B. 4334-2017
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-801-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A mis padres.
Y a Xavi y Eli

Gozoso desplegó las velas el divino Odiseo y, sentándose, comenzó a regir hábilmente la balsa con el timón, sin que el sueño cayese en sus párpados, mientras contemplaba las Pléyades, el Bootes, que se pone muy tarde, y la Osa, llamada el Carro por sobrenombre, la cual gira siempre en el mismo lugar, acecha Orión y es la única que no se baña en el océano.

HOMERO, *La Odisea*, canto V

I

Noto cómo se enrosca alrededor del cuello y una leve onda se posa sobre mis párpados.

Sssh, despierta.

La brisa agita las persianas, los porticones baten contra la pared, el choque despide partículas calcáreas por la estancia. Una retícula de luz proyecta un resplandor azulado. Sobre el marco, la sombra de un velo baila como una llama líquida. Una fina capa de humedad llega hasta el lecho. La tormenta amaina.

El animal se retira contoneándose entre las sábanas, puedo distinguir la curvatura del lomo y la suave prominencia de los dorsales. Fuerzo la vista y dilato las pupilas mientras retrocede: flotan sobre él copos oscuros, pequeños círculos de luz, el estallido de los átomos sobre su cuerpo. Entra en la zona de penumbra siendo apenas ya un esbozo. De pronto se vuelve hacia mí y me examina desde las sombras: sus ojos centellean como dos ascuas lejanas. Entorno los míos y finjo seguir durmiendo.

Aguardo unos segundos... Lo oigo aproximarse de nuevo, gatea sin apenas posarse sobre las sábanas. Siento su respiración a escasos centímetros del rostro. Elevo un párpado tratando de medir la distancia entre ambos: podría atacarme en cualquier momento. Acerca sus labios sin llegar a tocar los míos y retrocede antes de que pueda alcanzarlos. Trato de incorporarme, pero me retiene apresando las muñecas sobre la cama. El animal me observa divertido. Yergo el cuello, me lame el mentón y los labios entreabiertos. La voz de Duna vuelve otra vez como un susurro:

Vamos, despierta, aún no has visto nada.

2

El ruido del motor la desvela. Desde la ventana me sonríe y agita un brazo por encima de su cabeza. Es nuestro tercer día en el delta del Ebro y el primero en que el temporal nos permite salir. El cielo está encapotado pero no amenaza tormenta. Por el oeste se abren claros que impulsan las nubes hacia el mar. En media hora, el raso hará que el calor empiece a hacer aguas sobre el asfalto.

Duna viste su cazadora tejana, algo prieta sobre los hombros, y calza unas viejas zapatillas deportivas en lugar de las botas. Adivina mi pensamiento: estará todo embarrado. Lleva el casco colgado sobre el codo y una bolsa con un par de cervezas en su interior. Se sienta a horcajadas apoyada sobre el manillar y trato de fotografiarla a contraluz con el teléfono. Sonríe, se desliza hacia atrás para liberar mi espacio y entrelaza sus manos en mi cintura:

Vámonos, te enseñaré unas playas fantásticas.

Arranco y zigzagueo algo torpe por las calles menudas buscando un desvío que nos lleve hasta el canal. No le pido indicaciones, prefiero que observe el paisaje a plena luz por primera vez desde que llegamos. A nuestra derecha, el cauce baja de forma torrencial salpicado de ramas y matojos. Enseguida dejamos atrás el pueblo y tomamos una vía lo suficientemente ancha para darle gas. Noto cómo se aferra con más fuerza a mí y la forma de sus pechos hundirse sobre mi espalda. Un murmullo reverbera bajo el zumbido del motor:

Acelera...

El sol espejea en la calzada. Las líneas del firme se desdibujan ante nosotros.

3

A mediodía caminamos por las dos calles principales; el resto son hileras desordenadas de viviendas con perros ladrando a nuestro paso. De éstas germinan vías secundarias, construidas sobre una superficie de tierra plana con tablones de madera salvando los bordillos; otras no son más que caminos de arcilla que mueren frente a una puerta metálica. En algunas de ellas, las cancelas anuncian el alquiler de habitaciones.

Estamos a principios de junio y apenas hay turistas. Duna sostiene que éstos prefieren los campings frente al mar, lejos de los arrozales. Asiento y golpeo el suelo con la puntera. Después de días de tormenta, el barro está prácticamente seco, el suelo inestable del Delta drena el agua con rapidez.

Atravesamos un solar semiderruido, donde un gato mestizo bebe impasible de una tartera, y tomamos de nuevo una de las dos vías centrales que corren paralelas a lo largo del pueblo. A pesar de que en invierno el lugar debe de ser poco más que un páramo, la calle desemboca en el supermercado de una gran cadena. Una amplia cristalera exhibe el género y a una empleada aburrida que nos observa apoyada sobre la caja registradora.

Ven, hay un colmado en la calle de detrás.

El colmado son, en realidad, los bajos de una vivienda con cajas de frutas flanqueando la entrada. En el interior, dos ancianas, una de ellas vestida íntegramente de negro, enmudecen cuando entramos y nos observan como estatuas de sal mientras Duna elige manzanas y naranjas de entre las cajas. Un ventilador de aspas ronronea removiendo el aire sin demasiado entusiasmo.

Te espero fuera.

Salgo y busco una sombra frente a la tienda bajo el balcón de una casa unifamiliar. Un todoterreno completamente embarrado cruza la calle salpicando de fango su camino, el color salmón de la chapa revela que duerme a la intemperie. Tras él, un octogenario vestido con mono azul circula en bicicleta moviendo temeroso el manillar. A escasos metros, otra vetusta figura me observa impasible sentada en una silla de mimbre. La saludo elevando la cabeza, pero no abandona su estado vegetativo. El viejo ciclista toca el timbre al rebasarla y despierta una jauría a su paso. La efigie mantiene sus ojos posados en mí y me arrellano contra la pared para esconderme de su mirada. Una de las dos ancianas abandona el colmado y camina cosida a la pared buscando la sombra de las fachadas. Taconeo para sacudir la arcilla de las botas: el pueblo es un enorme geriátrico.

4

Recorremos la playa de El Trabucador caminando junto a la orilla. El tiempo mejora y después de dos días a pleno sol ha aumentado la temperatura del agua. Estamos completamente solos. Duna avanza con los tobillos sumergidos en el mar mientras una bandada de flamencos revolotea sobre las salinas blancas de La Trinitat y la punta de La Banya. Al fondo reverberan el macizo de Els Ports y las montañas azules de la sierra de Montsià. Duna las contempla un instante y señala la punta rocosa de La Foradada:

La mejor vista del Delta está ahí arriba.

Asiento y nos tumbamos a la sombra de uno de los postes eléctricos que recorren la playa como la espina dorsal de un animal mitológico. Frente a nosotros, un insecto de vivos colores se mueve con paso decidido, salta, aprovecha una ligera brisa y emprende el vuelo con un zumbido.

¿Vienes?

Niego con la cabeza mientras Duna mira fijamente al mar. Se quita la gorra y alborota su pelo negro sobre los hombros. Me tiendo hacia atrás y observo cómo se despoja de la camiseta y se desabrocha los pantalones cortos. Se vuelve y se desprende coqueta del bikini. No está bronceada, su piel es pálida, de un blanco roto, moteada con algunos lunares en la espalda. Se adentra despacio en el mar; son aguas poco profundas y ha de avanzar una decena de metros para ocultar su cintura. El oleaje es mínimo y las olas rompen débilmente en la orilla. La observo alejarse:

Duna es diminuta, apenas unos centímetros. Desde la arena trato de apresarla con el pulgar y el índice; podría voltearla arriba y abajo como un reloj de arena. Se zambulle y escapa de mis manos.

5

Duna ha pasado mala noche. Es la primera vez, desde que abandonamos Barcelona, que vuelve a tener fiebre y los síntomas me recuerdan a episodios pasados. Me pide que no me preocupe, toma el último ibuprofeno que guarda en el bolso y desayuna lentamente esperando a que le haga efecto. No hay farmacias en el pueblo y le pregunto si quiere que nos acerquemos a Sant Carles de la Ràpita. Niega con la cabeza y me propone que salgamos a rodar; dice que le vendrá bien que el viento la zarandee un poco sobre la moto. Asiento y decidimos ir hacia el interior en dirección a Amposta siguiendo el curso del Ebro.

A mediodía compramos unos bocadillos en una gasolinera y nos detenemos en una alameda para almorzar. Me adentro en el boscaje para estirar las piernas y distingo un verderón sobre un tronco caído y una garceta picoteando distraída en una charca. Trato de fotografiarlos con el teléfono pero el zoom apenas los aproxima. Me acerco unos pasos para encuadrarlos y emprenden el vuelo con un violento aleteo. Vuelvo renegando con el aparato en la mano y Duna me sonríe adivinando lo ocurrido. Sobre nosotros, una bandada de pájaros traza la punta de una flecha en dirección al río. Duna eleva el rostro, se lleva la mano a la frente y se toma la temperatura. Antes de que pueda preguntarle me confirma que se encuentra mejor. Me coge de la muñeca y buscamos un lugar umbrío donde descansar.

Nos instalamos al pie de un aliso. Duna se encoge junto a mí y juego a enredar su pelo entre mis dedos. Hay un pequeño hueco entre las ramas y al cabo de poco el sol cae

en perpendicular sobre mi cabeza. Cierro los ojos sedado por una agradable quemazón en los pómulos y charlamos sobre nosotros, los veranos de su infancia en el Delta y el apartamento familiar al que hacía años que nadie venía. Me propone arreglarlo y pintar las paredes descascarilladas. La escucho en silencio; estoy demasiado adormecido como para sacar el tema del dinero y dejo que siga hablando sin refutarla.

Un insecto se posa sobre el dorso de mi mano y lo espanto sacudiéndola en el aire. Duna hace una pausa en su discurso, levanta ligeramente el cuello y pestañeo con fuerza para tratar de mantenerme despierto. Entre el follaje diviso de nuevo el verderón deambular como un funámbulo de izquierda a derecha sobre una delgada rama. Duna vuelve a poner la mejilla sobre mi hombro y retoma el hilo de la narración. Pierdo de vista el ave, vuelvo a enredar los dedos en la madeja de su pelo y, sin poder evitarlo, su voz se torna cada vez más y más lejana.

6

El día amanece plácido con un puñado de cirros blancos moteando el horizonte. Desayunamos unas tostadas y terminamos la última botella de zumo. No nos queda café ni dinero con el que comprarlo. Duna mordisquea una galleta por los bordes convirtiéndola en un hexágono. Anoche se durmió enseguida, hoy parece más relajada y bromeamos durante el desayuno.

A media mañana salimos a rodar en dirección a La Ràpita y nos detenemos en la primera sucursal bancaria que encontramos. No me apeo de la moto y la observo mientras consulta el cajero. Sacude la cabeza de lado a lado: aún no han ingresado la liquidación de su contrato. Los últimos seis meses, Duna trabajó como vigilante de sala en el Museo Picasso de Barcelona, sentada frente a un autorretrato primerizo del artista. Sé que si hubiera estado un día más habría quemado el cuadro. Extrae unos billetes, pero no consigo ver la cantidad. Frente a la sucursal hay una pequeña tienda de manualidades. Me sonríe, me acerca el casco para que lo sostenga y se adentra en el establecimiento. Al rato vuelve con una bolsa de plástico de la que sobresale un cuaderno de dibujo y diviso en su interior algunos lápices y ceras. Llenamos el depósito, compramos un par de cervezas y nos dirigimos de nuevo hacia el Delta.

En el litoral, el sol apenas quema, los cirros han llegado hasta el mar y se mantienen ingrávidos sobre nosotros. Nos detenemos en la playa de El Serrallo y caminamos unos minutos por la arena, esquivando matas de salicornias y limonios, antes de instalarnos. Al estirar las toallas descu-

brimos una pareja de mediana edad completamente desnuda tras un bancal. La mujer masajea con crema sus enormes senos mientras él mira con disimulo hacia nosotros. Nos alejamos un poco y nos acomodamos en la orilla junto a un leño semihundido en el agua.

Duna toma una lata de cerveza, bebe un trago y la sostiene sobre mi vientre para comprobar, divertida, mi resistencia hasta hacerme aullar. Después hunde la mitad en la arena, se desviste y se sumerge dando brazadas en el mar. La contemplo alejarse, feliz, trazando pequeños remolinos. Quizá no fue tan mala idea venir al Delta después de todo.

Una ola arrolla su ropa y la extiendo unos metros más atrás sujeta por una rama seca y un par de guijarros. El hombre se recuesta junto a la mujer de enormes senos que ahora dormita bajo una pamela. Vuelvo hacia la orilla: un destello de luz se filtra entre las nubes plateando una porción de mar, pero Duna nada muy lejos de allí. Lanzo una piedra que rebota torpemente en el agua.

7

Nos acercamos a los campos de cultivo que rodean la laguna de La Encanyissada. Del mar llega una fuerte brisa salina que balancea las cepas plegándolas sobre el agua. A lo lejos, el trino de diferentes pájaros y el canto de las cigarras se confunden en una polifonía aguda que convierte en imposible distinguirlos. Desde la distancia trato de avistar flamencos o alguna otra ave zancuda. Descubro por azar una abubilla con su penacho de plumas desplegado, picotea una lombriz amarilla sobre una piedra azulada.

Duna está sentada sobre un viejo tronco caído. Es la primera vez desde que llegamos al Delta que intenta dibujar. Coge el cuaderno y lo voltea en horizontal y vertical tratando de tomarle la medida; aún lleva un pedazo de retractilado adherido a la tapa. Extiende unas ceras sobre el leño y contemplo cómo esboza la entrada de los tallos en el agua: define con el carboncillo los perfiles y las curvas y captura, con una nota de color sobre el negro, el ocre y el verde de las hojas. Dibuja de memoria, sin levantar apenas la vista del papel. Bosqueja el horizonte con una línea horizontal y la difumina con el dedo haciendo invisible la frontera entre ambos mundos.

Me alejo. Busco una sombra donde cobijarme y tomo un sendero de arcilla roja mordido por las espigas. Hay un álamo blanco solitario protegido por un grillo que chirría enloquecido. Lo hago saltar arrojándole una piedra y tomo posesión de su sombra. Al poco, regresa rechinando las patas dispuesto a morir por su pedazo de tierra. Me levanto de un salto y trato de aplastarlo. El insecto empren-

de el vuelo y se refugia tras una ortiga. Lo ignoro y procuro conciliar el sueño. Imposible. Percibo sus diminutos botones negros revoloteando en torno a mí. Intento adivinar su posición y pruebo a alcanzarlo lanzando patadas al aire en todas direcciones. Silencio... Tras unos instantes de quietud, vuelve a chirriar desafiante. Acepto la derrota, cancelo la siesta y camino hacia Duna, que permanece inmutable en el mismo lugar. Calibra con los ojos entreabiertos el tono cenagoso de las aguas. No distingo ninguna ave en la distancia y estiro los brazos como un espantapájaros abandonado en mitad de la nada. Un insecto me golpea en la frente y lo espanto como si fuera el mismo diablo. Expiro un par de veces procurando calmar mi ansiedad y me alejo sin rumbo con las manos hundidas en los bolsillos. Me resigno: vivir en el Delta es todo lo que podemos permitirnos.

8

Hoy es nuestro noveno día en el Delta, no nos apetece salir y decidimos ordenar el apartamento y limpiarlo a fondo. En el exterior, el horizonte despide resplandores malva anunciando tormenta. La calle está completamente desierta, el viento mece la copa de los árboles y sólo el ruido del motor de algún tractor o de un vehículo lejano nos recuerda que no somos los supervivientes de ninguna pandemia.

El apartamento está situado en una arteria paralela a la principal del pueblo. La calle no es demasiado larga y está flanqueada por una serie de casas construidas sin planificación ni sentido alguno de la estética. En su mayoría se trata de segundas residencias o viviendas cimentadas originalmente por los inmigrantes, jornaleros del arroz, que a mediados del siglo pasado se establecieron aquí y hoy permanecen abandonadas. Los abuelos de Duna pertenecían a este grupo; su madre heredó una casa de dos plantas y decidió arreglar el piso superior, convirtiéndolo en un pequeño apartamento, para vender, años después, la planta baja a un vecino del pueblo que con el tiempo acabó mudándose y hoy la mantiene cerrada.

Duna organiza el menaje y rescata una pequeña figura de porcelana del fondo de un cajón. La imagen tiene anudada una etiqueta con un nombre y una fecha escritos a mano. Sopesa qué hacer con ella observando su base hueca y vuelve a depositarla en el interior. Abre el cajón inferior, toma algunos trapos de cocina y los coloca sobre la figura sepultándola.

Tras la venta de la planta baja, la casa de veraneo acabó reducida a un espacio de no más de cuarenta metros cuadrados con un pequeño baño, un comedor con cocina americana y un dormitorio. Éste comunica directamente con la sala a través de un marco al que le falta la puerta. Duna cree que nunca la tuvo y en realidad es más cómodo y diáfano que sea así. El techo es bajo, las paredes son blancas con pequeñas manchas de humedad y el contenido es igual de austero que el continente: una cajonera y un pequeño espejo de pared en el baño; una cómoda, un mueble de cocina, una mesa plegable y dos sillas en el comedor; y una cama y un ropero en el dormitorio conforman toda la decoración del apartamento. Las dos ventanas paralelas, una en cada estancia, protegidas por porticones y una tela a modo de visillo, son el único punto de fuga desde el que otear el cielo, medir la temperatura exterior y, en días como hoy, nuestra atalaya para contemplar la nada.

9

La playa está desierta, anoche cayeron unas gotas, las suficientes para refrescar el ambiente y disuadir a los escasos turistas. No a nosotros. Hemos salido al despuntar el día y hemos desayunado en la orilla, protegidos por el pliegue de un bancal, justo unos metros a nuestra izquierda, donde ahora una bandada de gaviotas está apurando los restos del banquete.

Contemplo a Duna dibujarlas con mano firme, silueteándolas. No son más que un bosquejo, pero con apenas cuatro trazos los perfiles son reconocibles: dos de ellas se pelean por un trozo de tostada mientras otra bate victoriosa las alas con un pedazo de beicon en el pico. Duna esboza una media sonrisa cuando me descubre observándola, levanta pensativa el mentón y dobla el arco de su espalda sumergiéndose otra vez en el cuaderno.

El tiempo es un ciclón y estamos atrapados en su espiral: soy capaz de imaginarla de nuevo junto a mí, en la Facultad de Bellas Artes, dibujando cualquier cosa que tuviera delante. Trato de fotografiarla con el móvil pero no le queda batería. Pienso en mi cámara pudriéndose en un trastero de alquiler en Barcelona junto con el resto de nuestras cosas. Apenas si han pasado seis años desde que nos conocimos en la facultad; cuatro desde que empecé a colaborar en el periódico como fotógrafo; dos de nuestro último curso, en el que ella se marchó de Erasmus a Berlín; uno y medio desde que conoció a Hans y decidió quedarse allí y romper con todo, también conmigo; y poco más de uno, la primavera del año anterior, cuando los aconteci-

mientos se precipitaron y el remolino nos engulló a ambos: el cierre del diario, el ictus y la muerte repentina de su madre, y mi viaje en su busca a un hospital de la capital alemana después de que intentara suicidarse.

La turba de gaviotas emprende el vuelo, excepto una, que permanece en el bancal intentando disociar las migajas de los granos de arena. Duna ya no la observa, continúa absorta en el cuaderno: el dibujo narra el pasado, cuando las aves desplegaban furiosas las alas para proteger sus capturas.

A su vuelta, decidimos intentarlo de nuevo y tratamos de reconstruir nuestra relación como si nada hubiera ocurrido. Duna apenas dibujaba y pasó los seis primeros meses adormecida y enganchada al diazepam; yo trabajaba esporádicamente como fotógrafo para alguna publicación o como ayudante retratando celebraciones. Los seis siguientes, Duna dio un paso al frente y consiguió un contrato temporal como vigilante de sala en el Museo Picasso de Barcelona. Ésos son ahora nuestros únicos ahorros. Dos meses atrás, a mediados de abril, cuando supo que no iban a renovarla, decidimos aceptar el ofrecimiento de un tío suyo para trabajar, durante la segunda quincena de julio y el mes de agosto, en un restaurante de su propiedad en La Ràpita. A ninguno de los dos nos entusiasmaba la idea; Duna jamás ha estado tras una barra y yo sólo he puesto copas algún fin de semana, pero decidimos que podía ser una buena oportunidad para ahorrar algo de dinero. Nuestro plan, después de dejar el piso de alquiler de Barcelona y mudarnos a su recién heredado apartamento, a escasos kilómetros del restaurante, es disfrutar juntos de un mes y medio de vacaciones antes de incorporarnos al trabajo. Duna siempre había deseado volver al Delta conmigo. Dice que el lugar ha cambiado pero sigue siendo hermoso; nosotros también lo hemos hecho y ambos añoramos aquel tiempo en que nuestro único horizonte era crear y ser felices.

El sol emerge al fin y resplandece parpadeante sobre las olas. El cuaderno está a mi lado, Duna en el agua. Le echo un vistazo. Hay algún esbozo más de las aves, junto a un bosquejo que simula ser mi silueta acostada sobre la arena, apenas unos trazos, abandonado justo antes de aburrirse, espantar la última gaviota y zambullirse en el mar.